



Solos ante Dios

La oración es esencialmente una relación personal, dialógica entre Dios y la criatura. Somos invitados a cuidarla y a encontrar el tiempo y los lugares para estar con el Señor. Una relación de amistad no puede desarrollarse sino «estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama» (Sta. Teresa de Jesús, *Vida*).

Nuestra tradición nos sugiere varios modos de orar. En la Regla se nos propone la escucha orante de la Palabra, que debe «habitar abundantemente en la boca y en el corazón» (*Regla*, 19). Modelo sublime de esta oración es María, la Virgen orante que «conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19.51). De Elías aprendemos a estar en la presencia de Dios. Acostumbrándonos a ella y tomándola silenciosamente, empezamos a «respirar casi sólo la esencia de Dios, como se respira el aire» (Miguel de S. Agustín).

Más allá de las formas, lo importante es cultivar una relación de profunda amistad con Cristo, porque la perfección de la oración «no está en el mucho pensar, sino en el mucho amar» (Sta. Teresa de Jesús, *Fundaciones*); en ella el corazón enamorado se lanza hacia Dios y en Él descansa.

Ratio Institutionis Vitæ Carmelitanæ (2013, 37)



ocarm.org



Comisión General de Liturgia y Oración

Curia Generalizia dei Carmelitani
Via Giovanni Lanza, 138
00184 Roma, Italia

 seggen@ocarm.org



SIEMPRE CONTIGO, SEÑOR AMADO

La Liturgia y la Oración como escuela de amor.
Itinerario propuesto por la Comisión de Liturgia y Oración





Santificando nuestro tiempo

Jesús vivió en comunión con el Padre y dijo que hay que «orar siempre y sin cesar». En su empeño por vivir este mandamiento, la comunidad cristiana entiende que ha de ocuparse en santificar el tiempo que se le concede, mediante la práctica gradual de la Liturgia de las Horas, que «tiene como característica propia, entre las otras acciones litúrgicas, santificar todo el recorrido del día y de la noche».

Como bautizados, en el Carmelo estamos llamados a «perseverar en la comunión, en el partir el pan y en la oración». Orar asiduamente expresa la naturaleza de la Iglesia y orar juntos manifiesta el carácter comunitario de la misma. El Carmelo tiene además una forma de orar que depende estrechamente de la Palabra de Dios, que es el elemento esencial de la Liturgia de las Horas (Regla, 10-11).

Además, en la celebración de las Horas se realiza una profunda comunión, creciendo como auténtica fraternidad contemplativa, y por eso sentimos el deber y la alegría de celebrarlas en común haciendo posible la participación de todos los miembros de la comunidad.

Vivir en la presencia de Dios

En la tradición carmelitana, la santificación del tiempo se entiende como “vivir en la presencia de Dios”, continuamente adorado y alabado por una viva relación de amor con Él, lo cual conduce a realizar ejercicios extralitúrgicos de oración, como la “oración aspirativa”, mediante los cuales se pone en práctica el precepto de la *Regla*: “Permanezca cada uno en su celda... meditando día y noche la ley del Señor y vigilando en oración”. Orar en la propia celda y en el propio corazón y a puerta cerrada, “por Cristo en el Espíritu Santo”, es esencial por doble motivo: para vivir plenamente la vocación carmelitana, y porque, sin ello, incluso la oración litúrgica pierde intensidad y efectividad.

Por eso, nuestro empeño por santificar el tiempo “hace que la vida carmelitana sea un testimonio de la presencia viva y misteriosa de Dios en medio de su pueblo”, que experimenta de esta manera “la presencia del Verbo en la historia”.

Elías y María

Dirigiendo nuestra mirada a Elías y a María, percibimos otros elementos que nos llevan a valorar la santificación del tiempo conforme a la perspectiva de nuestro carisma.

Elías cultiva la sed del único Dios y vive en su presencia: es el profeta contemplativo y místico, que “está en la presencia del Dios vivo”. Como él, también nosotros nos dejamos llevar por el Espíritu y por la Palabra, siendo testigos de la presencia divina en el mundo y permitiendo que Dios sea realmente Dios en nuestra vida.

María es la mujer cubierta por la sombra del Espíritu de Dios, la Virgen de la escucha que medita en su corazón los hechos y las palabras

del Señor, la fiel discípula de la sabiduría, la que busca a Jesús y se deja educar por su Espíritu. Alrededor de ella se unen los discípulos para orar y junto a ella reciben las primicias del Espíritu que los llena de celo. Fijando en ella la mirada aprendemos a ponernos ante Dios como personas y como hermanos del Señor, ya que María está en medio de nosotros como madre y como hermana: ella nos guía para que hagamos santo y hermoso cada acto de la vida diaria, sirviéndonos de la oración litúrgica y también de la personal y solitaria.

Desde esta familiaridad, sobre todo a partir del siglo XVI, el Carmelo expresa también la cercanía amorosa de María hacia el pueblo de Dios mediante la devoción del escapulario, signo de consagración a Ella, vehículo de la agregación de los fieles a la Orden y medio eficaz de evangelización.

Conclusión

Como miembros del Carmelo, siguiendo el ejemplo de la iglesia primitiva, estamos llamados a practicar la oración litúrgica en común. En virtud de nuestra *Regla*, orando en soledad durante todo el arco horario del día y celebrando la Liturgia de las Horas, somos la Iglesia que alaba y “ora sin cesar” a Dios con voz unánime, colaborando así «al crecimiento de todo el cuerpo místico de Cristo y al bien de las Iglesias particulares».

Fuentes consultadas:

- Biblia: Primer libro de los Reyes, Evangelio de Juan y de Lucas, Hechos de los apóstoles
- Principios y Normas para la Liturgia de las Horas (9, 10, 11, 24)
- Regla (10-11)

